

## *El entorno historiográfico de La revolución romana de R. Syme<sup>1</sup>*

GONZALO Bravo  
Universidad Complutense de Madrid

A propósito de la reciente obra de Luigi Loreto, *Guerra e libertà nella repubblica romana. John R. Seeley e le radici intellettuali della Roman Revolution di Ronald Syme* (Roma 1999), tal vez no sea exagerado afirmar que *The Roman Revolution* (en adelante: *RR*) de Ronald Syme<sup>2</sup> es una de las diez mejores monografías de Historia Antigua escritas durante el siglo XX hasta el punto de que, en muchos aspectos, aún no ha sido superada. No obstante, ni siquiera este tipo de estudios quedan liberados de la crítica histórica y, ante todo, de la crítica historiográfica.

La historiografía, cuando opera como ciencia, no *inventa* sino que, en todo caso, *descubre* nuevas facetas del pasado. Y, a pesar de las equívocas opiniones de M. Finley al respecto<sup>3</sup>, el historiador de la Antigüedad no opera generalmente de manera diferente. En efecto, frente a la desbordante imaginación de que hacen gala algunos historiadores está la tozudez de los hechos y la constrictión que imponen los datos extraídos de las fuentes o inferidos a partir de ellas. Como el historiador —y el de la Antigüedad, por

---

<sup>1</sup> A propósito de la reciente obra de Luigi Loreto, *Guerra e libertà nella repubblica romana. John R. Seeley e le radici intellettuali della Roman Revolution di Ronald Syme*, L'Erma di Bretschneider, Roma 1999, ISBN 88-7062-981-3, 169 pp.

<sup>2</sup> 1.º edición: Oxford, 1939; 2.ª edic.: Oxford, 1951; edición revisada: Oxford, 1968; la edición española: *La revolución romana*, Ed. Taurus, Madrid, 1989.

<sup>3</sup> Véase M. Finley, *Historia antigua. Problemas metodológicos*, Barcelona, 1986, p. 22: «Pero los escritores antiguos, al igual que los historiadores desde siempre, no pueden tolerar el vacío, y lo llenan de una manera u otra, en último caso por medio de la pura invención».

supuesto— no puede *verificar* el pasado, se propone tan sólo *reconstruirlo* en sus diversos niveles<sup>4</sup> con el fin de comprenderlo y, si es posible, explicarlo. Desde este punto de vista, una obra tan destacada como *RR* de R. Syme (en adelante: RS) es también susceptible de una aproximación crítica.

Sin embargo, es preciso reconocer las dificultades que conlleva el cuestionar una obra de estas características, no ya *in toto* sino tan sólo en alguna de sus partes. En este último caso, caben dos posibilidades: cuestionar los resultados o, por el contrario, argumentar sobre el modelo (título, enfoque, método, escuela historiográfica, etc.). Pero la primera opción implica un conocimiento histórico suficiente del período, como fruto de investigaciones parciales realizadas y no como mera opinión sobre la forma en que debieron ocurrir los hechos. Además, RS utiliza en *RR*, si no un método nuevo, al menos el adecuado al objetivo histórico que persigue: la trama de relaciones políticas en la clase dirigente romana (*nobilitas*) entre los 70's a.C. (ascenso de Pompeyo) y la muerte de Augusto (14 d.C.). Naturalmente, RS utilizó el método prosopográfico siguiendo —según su propia confesión en el *Prefacio*— los pasos de sus predecesores alemanes en este campo (F. Münzer, E. Groag, A. Stein y von Premerstein, entre otros), de quienes el autor se considera deudor. Sin embargo, no hay alusión alguna al legado de la historiografía anglosajona (salvo dos menciones esporádicas a Gibbon (siglo XVIII) y Macaulay (s. XIX), en la que el autor de origen neozelandés se ha integrado sin demasiada dificultad. Pero el aspecto más destacado es quizá el dominio de las fuentes del período, que RS maneja con una soltura envidiable, no sólo los testimonios positivos de poetas como Virgilio, Ovidio, Horacio o historiadores como Livio o Veleo Patérculo, sino también de testimonios críticos con la realidad política del período y, en particular, con la figura política de Augusto, tales como Salustio, Asinio Polión y, especialmente, Tácito, sobre quien RS nos legaría algunos años después una monografía modélica<sup>5</sup>. Luces y sombras, por tanto, sobre la figura del *constructor* del Imperio, con frecuencia idealizada por la historiografía tradicional. Pero la producción historiográfica de RS es impresionante y desborda ampliamente el ámbito histórico, no ya de

---

<sup>4</sup> Véase G. Bravo, *Los niveles de reconstrucción histórica*, en *Actas del II Congreso de TMC*, Oviedo, 1984, pp. 543 ss.

<sup>5</sup> *Tacitus*, Oxford, 1958, 2 vols.

la época romana, sino incluso de la propia Antigüedad<sup>6</sup>. Esta aptitud ante los textos no canónicos del período es tanto más encomiable cuanto que RS era un entusiasta de los autores clásicos, lo que le valió varios *premios* académicos de traducción en los disputados círculos filológicos oxonienses<sup>7</sup>. Pero sucede que RS no es un autor cualquiera sino que, en cierto modo, toda la historiografía occidental posterior es tributaria de su *RR*, en sucesivas ediciones y traducciones. Desde su publicación en septiembre de 1939 —apenas iniciada la II Guerra Mundial— la estructura sociopolítica del cambio de era (siglos I a/d.C.) se ha basado en nuevos fundamentos: el estudio de los grupos familiares, políticos y aun sociales, con las relaciones de todo tipo (económicas, ideológicas, culturales, etc.) existentes entre ellos y, en definitiva, el conocimiento pormenorizado de las circunstancias (qué, quién, dónde, cuándo, cómo y aun por qué) en que ocurrieron los hechos legados por la tradición. Es cierto que dicho estudio es exhaustivo referido a los miembros de la clase dirigente romana tardorrepública y que no lo es acerca de la pléyade de *equites* o simples *cives*, que desempeñaron también un importante papel en los sucesos políticos de la época. Esta evidente reducción del espectro sociopolítico llevó a considerar como únicos protagonistas del cambio histórico a los representantes de una veintena de familias —una auténtica oligarquía en una Roma que se aproximaba al millón de habitantes— que, a pesar del nuevo régimen imperial de Augusto, mantuvieron su poder en la sombra. De ahí una de sus tesis más atrevidas, pero también difícilmente rebatible: «*In all ages, whatever the form and name of government, be it monarchy, republic, or democracy, an oligarchy lurks behind the façade; and Roman history, Republican or Imperial, is the history of the governing class*», que ha sido puesta en evidencia en varias ocasiones<sup>8</sup>. En otra ocasión, algunos años después, fue aun más explícito al afirmar que la oligarquía era en realidad el tema perma-

---

<sup>6</sup> El balance es por sí mismo elocuente: más de 300 publicaciones entre libros de recopilación, monografías, artículos científicos y reseñas críticas; véase al respecto la *Introducción* de A. Caballos Rufino a la edición española de R. Syme, *Colonial Elites* (Londres, 1958) como *Élites coloniales. Roma, España y las Américas*, Málaga, 1993, p. 12 (con una semblanza biográfica del autor y su obra).

<sup>7</sup> Véase, por ejemplo, V. Alonso Troncoso, *Desesperadamente ajeno: Sir Ronald Syme y The Roman Revolution*, en *Estudios Clásicos* 32 (1990), pp. 42s.

<sup>8</sup> Así, entre otros, G. Alföldy, en *Gerión* 1 (1983), p. 52; el texto en la edición española: *La revolución romana*, 1989, p. 24.

nente de la historia romana<sup>9</sup>. Por otra parte, se comprende que ante una obra de estas características, cuando los presupuestos históricos aparecen no sólo fundamentados sino también sólidamente documentados, la crítica histórica e historiográfica se traslade a otras vertientes interpretativas posibles. Una de las más fecundas suele ser la del ensayo historiográfico, siguiendo el modelo implantado ante todo por A. Momigliano, consistente en indagar acerca de las circunstancias, no de los hechos históricos, propiamente dichos, sino del surgimiento de la obra, de su entorno intelectual, de su inspiración y elaboración y, en definitiva, del modelo historiográfico al que pueda adscribirse.

Pues bien el libro de L. Loreto es un estudio acerca de las raíces intelectuales en que se inspiró la obra señera de RS: la *RR*. En este sentido, Loreto propone que el opúsculo de J. R. Seeley (en adelante: JS) del mismo título<sup>10</sup> debió constituir un *modelo* para la obra de RS, al menos para el título de la misma: *la revolución romana*<sup>11</sup>. Pero JS era especialista en historia moderna de Inglaterra y, en todo caso, en ciencia política, por lo que debió reflexionar sobre *la revolución romana* desde otra perspectiva, la de la sociología política<sup>12</sup>. Desde este punto de vista, categorías tales como *cesarismo* —para los anticuaristas— y *bonapartismo* —para los modernistas— deberían ser homólogas, y todo parece indicar que JS tomó como modelo de sus investigaciones sobre la expansión europea de los siglos XVIII y XIX el *caso romano* o, más exactamente, el período en que el imperialismo, de un lado, y el cambio político del Principado de Augusto, de otro lado, enmarcan de hecho la que después se denominaría época de *la revolución romana*. De hecho, sí, pero también de forma difusa, vaga, deliberadamente imprecisa, tal como la concibió años después RS. En efecto, en su afán por enfatizar la fuerza del proceso revolucionario romano RS llega a afirmar que los Graco (esto es, de 134 a 121 a.C.) introdujeron «*un siglo de revolución*»<sup>13</sup>, aunque en realidad el estudio symiano parte de los 70's, como hemos dicho. Es preciso reconocer que este aspecto es quizá uno de los menos afortunados y desde luego altamente contradictorio,

---

<sup>9</sup> Tacitus, I, Oxford, 1958, p. V.

<sup>10</sup> *The Great Roman Revolution*, Cambridge, 1869.

<sup>11</sup> L. Loreto, cit. pp. 4-5.

<sup>12</sup> *Ibidem*, pp. 21 ss.

<sup>13</sup> Edición española, 1989, p. 36.

puesto que en varias ocasiones el propio autor insistió en que no había habido revolución alguna sino un simple cambio de papeles entre dos *oligarquías* diferentes: la *vieja* republicana, que se extinguía, y la *nueva* que emergía al abrigo del régimen imperial impulsada por el propio *princeps*. Según la opinión no siempre compartida de RS, César «*no era un revolucionario*», pero Augusto, sí<sup>14</sup> Además, desde el XIX el concepto de *revolución* en Historia había sido apropiado por los seguidores del materialismo histórico para definir cambios sociales y económicos más que políticos, un campo en el que RS apenas quiso entrar, convencido de la influencia de los (grandes) individuos en la Historia. Incluso, en términos historiográficos RS se situaba en las antípodas de los planteamientos marxistas y, en cuanto al método prosopográfico seguido, se encontraba desde luego más cerca de Ranke<sup>15</sup> que de Marx. De la historiografía alemana proviene también la importancia que RS otorgaba al Estado o, si se prefiere, al sistema de gobierno romano, importancia sólo ensombrecida por el protagonismo de sus líderes respectivos: Pompeyo, César, Antonio, Octaviano, los triunviros, Augusto<sup>16</sup>. El conocimiento de RS sobre las *biografías* de estos personajes y otros de menor relevancia de su propio entorno<sup>17</sup> es tal que el método prosopográfico se presenta aquí en una suerte de análisis en el que prima la narrativa histórica sobre la sistematización y computación de los datos en cuadros o listados, relegados aquí como *Apéndices*<sup>18</sup>. Esta forma peculiar de entender la utilidad de la prosopografía romana frente a los usos prosopográficos de la época (elaboración de un *corpus*, diccionario, repertorio o listado de personajes) es justamente calificada por Loreto en varias ocasiones como «*invenzione*» del método prosopográfico<sup>19</sup>.

Otra tesis controvertida de RS es la valoración del Principado augústeo como un régimen que supuso *la pérdida de la libertad política*, alejó

---

<sup>14</sup> *Ibidem.*, pág 80; pero *ibid.* p. 18 Augusto es calificado de «*líder revolucionario*».

<sup>15</sup> Sobre esta vinculación: L. Loreto, *op. cit.*, pp. 59 ss.

<sup>16</sup> El propio *índice* de la obra está estructurado siguiendo este criterio.

<sup>17</sup> Aunque las referencias onomásticas y de materias se han incluido en un único índice, el recuento de los personajes de la época citados aquí arroja un balance cuando menos sorprendente: más de 600 personajes del período (de los 70's a.C. al 14 d.C.); de ellos unos 180 (esto es, un 30 % aproximadamente) están atestiguados como cónsules (ordinarios o *suffecti*), además de unas 70 mujeres conocidas por su relación con ellos.

<sup>18</sup> *Ibidem.*, pp. 657 ss.

<sup>19</sup> L. Loreto, *op. cit.*, pp. 76 y 148.

el temor de una nueva *guerra civil* y preservó a las *clases no políticas*<sup>20</sup>. No obstante, la historiografía posterior ha demostrado que convenía modificar la tesis symiana en este punto concreto, dado que la pretendida «pérdida de libertad» no se produjo de hecho durante el reinado de Augusto sino más bien bajo el gobierno de sus sucesores<sup>21</sup>. Y el autor prosigue con una sentencia de estilo shakespeariano: *Liberty or stable government: that was the question*. Pues bien, L. Loreto propone asimismo que esta importante idea de RS está inspirada en realidad en las teorías políticas expuestas por JS unos años antes<sup>22</sup>. No sabemos —puesto que no lo cita en la bibliografía— si RS había leído el opúsculo de JS, pero en tal caso este tipo de préstamos son corrientes en la práctica historiográfica. Para analizar teóricamente el *modelo* político del período tardorrepblicano descrito en la *RR*, el historiador debió recurrir a sus conocimientos complementarios de ciencia política, acaso para contrastar la validez de las teorías políticas modernas aplicadas al *caso romano*. Asimismo, resulta evidente la afinidad de las categorías políticas usadas por RS en *RR*, que habría recurrido —sin confesarlo— al fondo teórico de la intelectualidad europea y anglosajona, desde Tocqueville a Lord Acton a través de JS, y que incluso alcanzan a Th. Smith y J. Harrington<sup>23</sup>. Por ello, según Loreto, la *prehistoria intelectual* de las tesis defendidas en la *RR symiana* se inserta en la línea típica del pensamiento liberal inglés, por lo que no es preciso buscar otros entornos más discutibles, como lo hizo A. Momigliano, pretendiendo vincularla con la escuela alemana de M. Weber o la italiana de Pareto<sup>24</sup>. Tampoco es casualidad que cuatro de los cinco —excluido quizás Augusto— personajes más importantes de *RR* se apoyaran en el ejército oficial tardorrepblicano para lograr sus objetivos políticos<sup>25</sup>. Pero parece exagerado ver en ello un paralelismo con modelos políticos de

---

<sup>20</sup> Parafraseando a RS, *ibid.* p. 12.

<sup>21</sup> Así, por ejemplo, Ch. Wirszubski, *Libertas als politische Idee im Rom der späten Republik und des frühen Prinzipats*, Darmstadt, 1967; y sus consecuencias políticas en G. Bravo, *Poder político y desarrollo social en la Roma antigua*, Madrid, 1989, pp. 165 ss.

<sup>22</sup> Loreto, *op. cit.*, pp. 95 ss.

<sup>23</sup> *Ibidem*, pp. 132 s.

<sup>24</sup> Véase la *Introduzione* a la edición italiana de *RR*: R. Syme, *La rivoluzione romana*, Turín, 1962, pp. IX ss.

<sup>25</sup> Loreto, *op. cit.*, pág. 139.

líderes totalitarios como Hitler o Mussolini<sup>26</sup>. Más razonable parece vincular el interés de RS por la *aristocracia* con la matriz sociológica del pensamiento político seelyano<sup>27</sup>, si no buscar otras argumentaciones. En efecto, el método prosopográfico elegido para el análisis histórico del período considerado obliga al autor a concentrar su atención sobre los miembros del grupo dirigente romano, la minoría gobernante y su entorno político y social. Pero estas circunstancias no empañan el mérito de la investigación sino que por el contrario la convierten en un estudio concebido y elaborado con criterios científicos, aunque con algunas deficiencias. Ya se ha hablado *supra* del escaso interés de RS por la situación económica, pero tampoco hay en *RR* un análisis profundo de la situación constitucional del período, por no hablar de las escasas referencias —casi siempre indirectas— a la diversa realidad provincial del Imperio. Aun así, el balance sigue siendo enormemente positivo. Queda el frescor todavía de una narrativa limpia, de una calidad literaria indiscutible y salpicada a menudo de oportunas anotaciones psicológicas sobre la figura de los personajes tratados, de los que en ocasiones sólo se ha conservado su nombre o menciones esporádicas sobre algunos miembros de su familia. Con este material difícil de manejar y, ante todo, con un conocimiento exhaustivo de la documentación antigua, RS legó a la posteridad una obra maestra, que marcó un estilo —si no un modelo— en la historiografía moderna sobre el mundo romano.

---

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 140 (crítica de L. Loreto a la interpretación de A. Momigliano).

<sup>27</sup> *Ibidem*, p. 148.